

velaba la verdad tal como se le aparecía, creando así un nuevo tipo de historia, la historia de la cultura. Ésta me parece mucho más adecuada para contribuir a la educación ética antes mencionada que todas las historias políticas y diplomáticas de guerras y dinastías tal como fueron acumuladas por los gigantes históricos de la antigüedad. La historia de la cultura en el sentido de Burkhardt y la historia social en el estilo de Fernand Braudel me parecen de hecho las únicas disciplinas históricas de las que el lector no especializado puede extraer algo que meditar. A todo lo demás le aplicaría el veredicto de Gibbon citado antes.

La historia como literatura es algo completamente diferente a la historia como ciencia. Sobre todas las obras históricas pesa en seguida el grueso polvo de lo superado, y más en nuestros tiempos especializados; pero de un Gibbon, de un Macaulay, de un Burkhardt se deja quitar fácilmente de un soplado. Incluso en el caso de Mommsen no diría esto, y menos aún en el caso del maestro de Burkhardt, Leopold von Ranke.

Las cartas de juventud de Burkhardt desde Berlín aluden a menudo a su profesor, al que estimaba mucho más como historiador que como hombre. En una carta a su hermana Louise del 15 de Agosto de 1840 describe la profunda impresión que le causaba la clase de Ranke:

... hace chistes a menudo, y buenos por cierto, pero cuando habla de grandes momentos la seriedad histórica se adueña clara y casi inquietantemente de su semblante profundamente arrugado. Recuerdo con claridad cómo comenzó su curso sobre la historia alemana de forma verdaderamente imponente: ¡Señores míos, los pueblos son ideas de Dios!

Cuando uno mira hoy los pueblos, quizá no pueda evitar pensar que Dios podía haber ideado algo mejor. Puestos a buscar un comienzo pomposo, yo habría dicho más bien: las *lenguas* son ideas de Dios. El inmortal versículo con el que empieza el Evangelio de Juan sirve de apoyo.

IX

Desde que era un chaval leí mucho libros de historia. Uno de los primeros libros que me regalaron mis padres fue la *Historia universal* de Jaeger en cuatro tomos. Todavía deploro la pérdida de la *Historia universal ilustrada* de Mertens: en el año 1915, en el cuarto curso de la escuela primaria en Viena, se lo presté a mi compañero Otto Premin-

ger; se negó a devolvérmelo, anticipando en treinta años su futura gloria de Hollywood. Más tarde leí sin duda mejores libros. Ya fueran crucificados los hombres de Espartaco o asesinados los templarios; ya estuviera enjaulado el sultán Bajazet o crecieran las pirámides de calaveras en Anatolia; ya conquistaran la cristiana Bizancio los cruzados o estuviera rojo de sangre serbia el campo de los mirlos; ya saqueara la Ciudad Eterna su cristiana majestad o el emperador, sin temblarle el habsbúrguico labio, mandara asesinar a su generalísimo; ya escenificaran el príncipe Eugenio o el Duque de Malborough sus sangrientos minutos; ya fueran Federico o Napoleón, Wellington o Moltke quienes transformaban en sangre las lágrimas de pueblos torturados; ya se llamaran los lugares Verdún o Stalingrado, Dresde o Hiroshima; ya hiciera asesinar el *Führer* a sus partidarios o un presidente americano enviara sus bombarderos a matar a un estadista africano; ya las eternas víctimas se enmascararan como armenios, como kulakos o como judíos: siempre y en todos los libros era el grito «¡Muerte! ¡Muerte!» y «¡Sangre! ¡Sangre!». La historia universal entera se me aparecía como una única escultura gigantesca de carne putrescente, de sangre fermentando. Concebida por un Marqués de Sade transcendental, se extendía ante mí la historia como un bloque de miseria; no podía pasar una sola página sin que apestase.

Y así he sido probablemente toda mi vida lo que la mayoría de las personas, de derechas y de izquierdas, llamarían con desdeñosa antipatía un pacifista. Lo cierto es que rechazo esta etiqueta: suena como si describiese a algún especialista en la técnica del rechazo a la guerra. Eso sí que sin duda no lo soy, puesto que implica la esperanza en el progreso o hasta la certeza de que llegará algún día el tiempo en el que Adán, Eva y la serpiente, los tres cogidos de la mano, se pasearán en paz por las paradisíacas campiñas. A mí me falta la esperanza, por no hablar de la certeza.

Y así soy simplemente un enemigo incondicional de la historia universal, puesto que me produce náuseas. Esto no me impide leer a algunos historiadores con admiración –igual que admiro a un cocinero que consigue preparar de tal modo una morcilla que hasta a un Brillat-Savarin se le haría la boca agua en el más allá gastronómico. Pero es siempre la misma morcilla sanguinolenta, aunque puede que dependa del lado por el que se la considere. Así puede un historiador hieromante, atisbando a través del pellejo, leer la inscripción «Poetas y pensadores», mientras que otro lee «Asesinos e hipócritas». Los «hechos» son los mismos, y con frecuencia falsos; la interpretación varía con las condiciones del empleo.

Nuestro tiempo está hecho de tal modo que cada cual tiene que representar de una vez para siempre un papel obligado o libremente elegido; rótulos con la inscripción correspondiente les cuelgan de la boca y describen su previsible actitud. Los políticos como los sociólogos, los filósofos, historiadores, científicos, todos pueden seguir un guión invariable y yermo. (El escéptico en mí me dice que esto vale también probablemente para mí.) Público hay sólo un poco, y más aún para la historia, puesto que refleja cómo somos el producto del pasado por ella descrito.

No sé quién lo dijo: lo único que podemos aprender de la historia es que no podemos aprender nada de ella. Esto quizá sea correcto, y sin embargo puede haber una excepción. Quien lee correctamente la historia universal debe perder la fe en el progreso. Sólo en el siglo XVIII –tan increíblemente más civilizado que el nuestro– podría uno haber sido de otra opinión. Puedo imaginarme muy bien cómo Voltaire, Condillac, d’Alembert, Diderot, Lessing, Kant, Lichtenberg, Hume, Adam Smith, Gibbon, Galiani y Beccaria se sientan en torno a una gran mesa redonda y conversan vivamente, pues hay mucho de que hablar. (El decimotercero, Rousseau, se ha quedado en la puerta con sonrisa cohibida y maliciosa.) John Adams o Thomas Jefferson hubiesen adquirido sin duda las actas encuadernadas en cuero y las hubiesen leído con interés. Concedido, era un mundo pequeño –pero era *un* mundo, y sólo entonces hubo ocasión de tener en cuenta la posibilidad de una «educación del género humano». Tanto más profunda, tanto más terrible la caída que siguió después.

X

Cuando leo estos días crónicas sobre los intentos de saneamiento por parte de historiadores alemanes, tropiezo una y otra vez con la expresión «fundación de sentido». Fundar sentido donde presumiblemente no hay ninguno pertenece a las tareas de las agencias publicitarias, y el historiador como masajista de cerebros no es probablemente la faceta más noble de su venerable oficio. Lo que quiera decirse con eso es bien difícil de captar para un observador externo. Probablemente se trate de una rama de la mitología, a la que pertenece igualmente la no menos absurda palabra «cambio». «Fundación de sentido» suena más noble que «dotación de sentido», una expresión utilizada ya hace años por el pobre Theodor Lessing. Desde que Hölderlin hiciera un uso bien sacro del verbo «fundar», se abusa de él para altos fines, y estoy seguro

de que en la época de Hitler fue utilizado de forma espuria por más de un mistagogo escapado de la jaula retraída de Stefan George.

El caso es que «fundar» es parte del bálsamo mitológico, que inflige más heridas de las que mitiga. De acuerdo con el viejo refrán «Feliz es el que olvida, etc.» (los libretistas de *El murciélago* sólo lo han tomado prestado), la fundación de sentido logrará posiblemente transformar la absurda matanza de millones en un holocausto veterotestamentario, un sacrificio de acción de gracias, puesto que el escalofrío místico domina fácilmente al escalofrío moral y encaja también mejor en el hogar burgués.

Curiosamente, a la sabiduría popular se le ha escapado que tampoco se debe mentar la soga en casa del verdugo. Fundación de sentido viene a ser que nunca ha habido soga alguna, sino un destino trágico – lo mismo que Edipo *tenía* que mandar a su padre Layo a Auschwitz. Pero los aquejados de destino trágico hacen unas excelentes figuras históricas, y así la más reciente historia alemana será travestida pronto en una tragedia emocionante al mismo tiempo que conmovedora, en la que cada jugador puede llevar la cabeza más alta cuando no la ha perdido antes.

No tengo nada que objetar, salvo que no va a funcionar. Incluso si se le retiran del camino todos los obstáculos al carro triunfal de la fundación de sentido histórico que avanza imparablemente, queda siempre alguna piedrita aquí y allá con la que se tropieza. Una de esas piedritas me la encontré hace poco en *Die Zeit* del 13 de Febrero de 1987. Se relata allí el sobreseimiento de un proceso judicial largamente dilatado. Omito el nombre del finalmente no acusado, pues en los libros sobre los que reza *nihil indultum remanebit* es de todos modos conocido. El registro del nombre está enmarcado allí por veinte pequeñas gotas de sangre. Lo que me oprime es la pregunta sobre qué sinuosidades debe poseer una conciencia para hallar sentido y perdón en lo siguiente:

Sus crímenes acaecieron en la escuela junto al dique Bullenhauser, frente a las puertas de Hamburgo. XX, por entonces teniente de asalto de las SS y director de base de todos los comandos externos del campo de concentración de Neuengamme, hizo colgar allí a veinte niños judíos. Previamente habían sido infectados, con objeto de hacer experimentos médicos, con gérmenes de la tuberculosis. Fueron asesinados poco antes del fin de la guerra, en la noche del 20 al 21 de Abril de 1945, por el «cumpleaños del Führer».

Traducción del alemán de Ibon Zubiaur